



A portes desde El Pilar *Nº 9*

“TIEMPO ORDINARIO”

1. Nos acercamos al tema.

Cuando hablamos de “ordinario”, de “tiempo ordinario” no estamos haciendo referencia ni alusión a un tiempo anodino, de poca o nula importancia, insulso, incoloro, sin hondura ni teológica ni espiritual. No es un tiempo “de relleno” en la liturgia.

Hablamos de “tiempo ordinario” de la liturgia –también conocido y denominado como “tiempo durante el año” para diferenciarlo de los denominados “tiempos fuertes litúrgicos”, es decir: Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua.

Por otra parte, es el tiempo más antiguo de la organización del año cristiano y es el que ocupa la mayor parte del año, el más largo: entre 33 y 34 semanas.

Comienza el lunes siguiente a la fiesta del Bautismo del Señor, fiesta con la que culmina la celebración de la Navidad y culmina con la fiesta de Cristo Rey, dando paso al lunes de la I semana de Adviento.

Este tiempo no es todo seguido y continuado, como el resto de los tiempos litúrgicos. Comienza el lunes siguiente a la fiesta del Bautismo y se extiende hasta el Miércoles de Ceniza. Y se reanuda de nuevo el lunes después del domingo de Pentecostés.

El color utilizado durante este tiempo es el “verde”.

2. El contenido del “tiempo ordinario”.

El “tiempo ordinario” nos introduce en la vida pública de Jesús. De la vida oculta de Jesús, de su estadía en Nazaret sujeto a sus padres José y María, de las actividades de niño, adolescente y joven, apenas si los evangelistas Mateo y Lucas nos dan algunas referencias. También hay datos en los denominados Evangelios apócrifos, pero son tan fabulosos y exagerados que es difícil de creer y mucho menos aceptar.

En el “tiempo ordinario” asistimos y participamos del ministerio público de Jesús. Vamos recorriendo su vida, sus dichos, sus hechos, su mensaje, su actividad desde que sale de su pueblo hasta su entrada en Jerusalén para vivir su Pascua, para ser entregado, juzgado, crucificado y enterrado y al tercer día resucitar. Es el camino de Jesús, el Hijo de Dios y el Hijo de María, y es, también, el espejo de nuestro caminar cotidiano.

Vamos entrando en el misterio de Cristo, en su contenido, en su significado y en el sentido y significado que tiene hoy para la Iglesia y para cada uno de nosotros.

En los domingos del “tiempo ordinario”, se utilizan los evangelios sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas. A través de ellos, se nos va presentando la vida y predicación de Jesús, desde sus comienzos con el anuncio del Reino de Dios, la conversión y la llamada a los discípulos para terminar con los temas escatológicos, los temas que nos acercan a “lo último”, la muerte, la vida eterna, la retribución,... En el Leccionario B, correspondiente al evangelista Marcos, se intercala el discurso de Jesús sobre el Pan de vida, el capítulo 6 del evangelio de San Juan. El Leccionario A corresponde al evangelista Mateo y el C al evangelista Lucas.

En cuanto a las otras lecturas dominicales, la primera, del antiguo Testamento, suele tener alguna relación con el Evangelio. Es la preparación y anuncio de lo que se cumple y realiza en Cristo. Y la segunda, no suele tener mucha relación con el evangelio. Es la vida de la primera comunidad cristiana, su reflexión sobre el acontecimiento Cristo y la vivencia del mismo.

En cuanto a los días ordinarios, a los días de feria, de lunes a sábados, el leccionario está dividido en dos ciclos, ciclo A y ciclo B. La primera lectura es diferente en los años Pares – ciclo B- e Impares – ciclo A-. Sin embargo, el evangelio es el mismo para los dos ciclos, con lecturas de los evangelistas Marcos (semanas I – IX), Mateo (semanas X – XXI) y Lucas (semanas XXII – XXXIV).

3. Espiritualidad del “tiempo ordinario”.

Todo tiempo en la liturgia tiene su propia y específica espiritualidad que habrá que buscar guiados y animados por la Palabra de Dios para vivirla y hacerla propia..

En este “tiempo ordinario” vemos a Jesús ya maduro, responsable ante la misión que le ha encomendado su Padre. Le vemos ir y venir, anunciar y predicar, sanar y salvar, denunciar y exigir, acoger y enseñar, rezar y buscar el silencio, bendecir y perdonar. Le vemos cumplir con gozo la voluntad del Padre.

El “tiempo ordinario” es el tiempo para crecer. El que no crece, se estanca, se enferma y muere. Es el tiempo para crecer en nuestra vida cotidiana: como hijos, como compañeros y amigos, como estudiantes y trabajadores, como padres, como esposos, como abuelos, como sacerdotes y religiosos. Crecer en nuestras relaciones interpersonales desde nuestra fe y desde la vida de Jesús. Crecer también desde nuestros fracasos, desde nuestros dolores y sufrimientos. Es el tiempo de ejercer las virtudes que ayudan a nuestra vida. Algo así como un gimnasio para encontrar a Dios en los acontecimientos de cada día guiados por la palabra y la vida de Jesús. Es tiempo de salvación, tiempo de gracia, tiempo propicio para el encuentro con Dios y la presencia de Dios en nuestra vida cotidiana.

Es caminar de la mano y a la luz de Jesús de Nazaret, de su vida y de su mensaje, de sus dichos y de sus hechos. La oración, la lectura de la Palabra, la reflexión, ... nos van a ir mostrando, señalando y fortaleciendo en nuestro cotidiano caminar. Desde la vida de Jesús iluminamos nuestra propia vida y la damos sentido, orientación y plenitud.

Las parábolas, las comparaciones, las metáforas ... son recursos que Jesús utiliza para mostrarnos el sentido de su anuncio: “Conviértanse, está cerca el Reino de Dios”. Y le acompañan los signos de salvación y liberación para que el ser humano recupere su dignidad de Hijo de Dios y hermano de los hombres.

Ver a Jesús. Mirarle. Contemplarle. Escucharle. Seguirle. Es la luz del mundo, el camino, la verdad y la vida, es el verbo hecho carne, la Palabra que salta a la vida eterna. Nos dice la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre. Mirarle, escucharle, seguirle. Es la respuesta a nuestras preguntas e interrogantes. La respuesta de Dios.

El espíritu del “tiempo ordinario” queda descrito magistralmente en el prefacio VI dominical de la misa: “en ti vivimos, nos movemos y existimos y todavía peregrinos en este mundo no sólo experimentamos las pruebas cotidianas de tu amor, sino que poseemos ya en prenda la vida futura, pues esperamos gozar de la Pascua eterna, porque tenemos las primicias del Espíritu por el que resucitaste a Jesús de entre los muertos”.